

Comentario Agradecidos

Los leprosos de Israel eran excluidos religiosa y socialmente. Debían vivir fuera de las poblaciones. Cubiertos de harapos, anunciaban, con el toque de una campanilla, su presencia para que todos les evitaran. Jesús se acerca a ellos. Les envía a los sacerdotes para que certifiquen la curación y puedan integrarse socialmente... Les cura. Pero el único que regresa a dar gracias es un samaritano. Los samaritanos eran extranjeros considerados por los judíos como seres despreciables y herejes.

Tal vez algunas personas sencillas. o alejadas de la Iglesia. nos ganan en elegancia espiritual. ante Dios y ante los demás. No sabrán mucho de religión. pero tal vez son más humildes, solidarias. honradas y agradecidas. El agradecimiento se suele ejercitar doblemente: en relación a Dios y en relación a quienes conviven con nosotros.

¿Sabemos orar dando gracias? ¿Solo sabemos pedir, o también admirar y agradecer? ¿Sabemos ser agradecidos con los demás?

Sabías que...

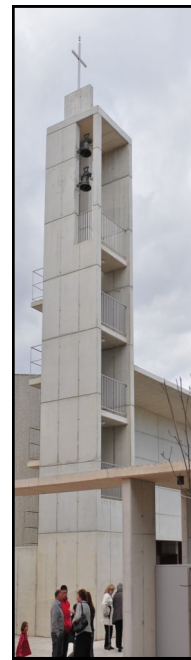
Langostas y saltamontes: La plaga de saltamontes (langostas) era uno de los principales azotes de Israel y países limítrofes. Tan presente estaba esta plaga en sus vidas, y tanto le temían, que acuñaron nueve palabras distintas para describirla. La langosta viajera o migratoria es la más temida. En hebreo se les denomina: *arbeh*; *Hasil*. Formando nubes de millones de individuos. avanza a unos 15 km por hora. Uno de estos saltamontes llega a comer 15 veces su peso en una jornada. Las nubes son alargadas, llegando a medir 10 km de anchura por 30 km de longitud.

Oración

Señor. Tú pasaste por esta vida con mirada atenta para descubrir el sufrimiento y la exclusión.

Señor, Tú curaste a los leprosos. abriste los ojos a los ciegos. Levantaste a los caídos... Ayúdanos a ser como Tú.

Danos una mirada como la tuya, capaz de mirar con profundidad a los rostros marcados a fuego por el abandono y el dolor. Haznos capaces de ayudar a quienes necesitan una mano amiga que ofrece todo sin esperar nada a cambio.



COMUNIDAD DE SANTA CLARA SANTA KLARA KOMUNITATEA

Lectura del santo evangelio según san LUCAS 17,11-19

Yendo Jesús camino de Jerusalén, pasaba entre Samaria y Galilea. Cuando iba a entrar en un pueblo, vinieron a su encuentro diez leprosos, que se pararon a lo lejos y a gritos le decían:

–Jesús, maestro, ten compasión de nosotros.

Al verlos, les dijo: Id a presentaros a los sacerdotes.

Y, mientras iban de camino, quedaron limpios. Uno de ellos, viendo que estaba curado, se volvió alabando a Dios a grandes gritos y se echó por tierra a los pies de Jesús, dándole gracias. Este era un samaritano. Jesús tomó la palabra y dijo: –¿No han quedado limpios los diez?;

los otros nueve, ¿dónde están? ¿No ha vuelto más que este extranjero para dar gloria a Dios? Y le dijo: –Levántate, vete; tu fe te ha salvado.

Palabra del Señor

La curación de los diez leprosos es narrada únicamente por el tercer evangelio; no hay una historia semejante en el resto. Lucas menciona en muchos lugares a los samaritanos. Estos eran gentes mal vistas por los judíos de Judea y Galilea, ya que pensaban que eran medio paganos que no cumplían la Ley; el hecho de que hubieran tenido un lugar de culto diferente al Templo de Jerusalén (construyeron uno propio en el monte Garizim, que fue destruido en el s. II a.C.) agudizó la mala imagen que tenían de ellos. Lucas, sin embargo, no tiene en cuenta estas etiquetas sino que, al contrario, se esfuerza en destruirlas. De ahí que haga memoria de una curación de Jesús en un lugar «fronterizo» («entre Samaria y Galilea»), en un lugar que es un «no lugar», que no puede ser reivindicado por nadie como un lugar propio o extraño, adecuado o inadecuado. Y ahí, en ese espacio de múltiples posibilidades, nos dice Lucas que Jesús cura a diez leprosos (gentes que de alguna manera son «no gentes» por el estigma que presentan) sin importarle ni la enfermedad ni su procedencia étnica o religiosa. Más aún, uno de ellos era samaritano, y él precisamente es el creyente ejemplar. Es el único que ha sido capaz de descubrir quién es que destruye definitivamente la separación entre los enfermos y los sanos: no los sacerdotes del Templo (quienes dictaminaban la purificación oficial de la lepra), sino Jesús.

HOMILIA ¡Legales!

Con mucha sutileza, con la genialidad literaria que le caracteriza, Lucas nos cuenta el encuentro de Jesús con diez leprosos, en la situación calamitosa que les marcaba la ley, obligados a vivir lejos de cualquier población y a mantenerse a distancia de todo ser humano saludable. La exclusión y soledad en que vivían les hacía ser el símbolo por excelencia de la marginación.

La ley era muy dura y muy clara. Su objetivo, al aislarlos en una cuarentena vitalicia, buscaba evitar el contagio al resto de la población. Su vida estaba, pues, rigurosamente marcada por unas normas rígidas y estrictas, acentuadas por el miedo de los demás a verse en su misma condición de abandono.

Para seguir en ese ambiente estrictamente regulado, Jesús los manda a buscar su certificado de curación como garantía de integración. Era requisito imprescindible para reincorporarse a la sociedad, su anhelo más querido.

¡Pero desagradecidos! Es de suponer su sorpresa al verse recubiertos de una piel impecable que les devolvía la apariencia de normalidad. Porque, efectivamente, volvieron a ser tan normales como sus paisanos de la sociedad, sumergidos en un contexto legalista al que se remitían como primer criterio de referencia para vivir. La urgencia estaba bien justificada por su prisa para volver a sus familias y casas. Pero olvidaron la gratitud, a la que no les obligaba la ley, pero con la que se vive mejor. Un extraño a ese ambiente es quien rompe la disciplina de grupo y, dejando la ley para un segundo momento, se vuelve a dar las gracias a quien había hecho posible su nueva vida. Nuestra Eucaristía Jesús nos hace unas preguntas sobre nuestras actitudes humanas ante la vida, los demás y Dios. En ellas hay un repaso a nuestra religiosidad y las motivaciones que la impulsan, porque nuestra celebración semanal se llama: «Acción de gracias », pero igual venimos por obligación como los que se fueron a presentarse al sacerdote y no volvieron a dar las gracias.



Mientras iban de camino, quedaron limpios.

Quizá el nombre de nuestra reunión, «Eucaristía» no se corresponde con nuestra intención y nos quedamos solo en pedir, cumplir y pensar que todo lo que somos y disponemos es porque nos corresponde, tenemos derecho y por todo hemos pagado un precio. Tenemos tan metido el sentido moralizante de la religión que olvidamos que su esencia es confiar y alabar a Dios dándole gracias. Porque todo en la vida es gracia, regalo, obsequio. Hasta Él mismo se nos da porque quiere.

LA SENDA DE LA MISERICORDIA La senda DEL AGRADECIMIENTO

Uno de ellos, cuando se dió cuenta que había quedado completamente sano, regresó

Se tiró a los pies de Jesús y le dió las gracias.

Jesús preguntó: “¿No quedaron todos limpios?”

¿Dónde están los otros 9?



La clave de la misericordia es sentirse necesitado de ella y haber sido su objeto. Saberse querido, perdonado, curado, acogido..., como Nahamán, el sirio. Quien es capaz de reconocerlo y vivirlo no puede por menos que ser misericordioso, que salir al encuentro de los “no agradecidos” para “agraciarles”... Quien es capaz de reconocer la gratuidad del don, podrá ser también agradecido. ¿Cómo recuperar, en nuestros días, la confianza en Dios, en los demás...? Es necesario reconocer y vivir que todo en nuestra vida es un don. Pero eso no es fácil, porque nos parece que las cosas que pasan son las que deberían suceder, y se nos pasa la “gracia” sin darnos cuenta de lo recibido...